

CANCELADO

Marian miró el panel de nuevo.

- No me lo puedo creer – y su frase se perdió entre centenares de voces que exclamaban, pedían, preguntaban, exigían, murmuraban, insultaban, reclamaban, interrogaban, vociferaban, sollozaban... enmudecían.

En el panel parpadeaba la palabra “cancelled” al lado del número de su vuelo y de su destino, Estocolmo. Otra más: los contó. Sumaban cuarenta y tres. Cuarenta y tres aviones que no despegarían en las próximas horas.

Enumeró las torcidas hileras de viajeros que había a su derecha e intentó calcular, con los dedos, los desconocidos que había en esa inmensa sala del aeropuerto. Se desconcentró cuando sonó su móvil y resopló disgustada. No le gustaban las interrupciones cuando intentaba mantener la calma contando. Era Mike, por supuesto.

- Hola cariño –dijo Marian al descolgar- No te lo vas a creer. Hay huelga de controladores o algo así y no voy a poder venir porque... - ¿Lo que había oído era el “clic” de colgar? - ¿Mikel? – Lo dijo sin esperanza, porque no es cierto que es lo último que se pierde y apretó la oreja al aparato para cerciorarse del silencio.
Colgó.

Buscó a su alrededor algo para contar y vio personas que entraban uniformadas en grupos de cuatro, siete y doce. Nunca había visto tantos guardias civiles juntos. Sólo entonces se dio cuenta de la algarabía que existía a su alrededor.

- Tal vez Mike no me oía bien y volverá a llamar – y miró el móvil que asía con fuerza en su mano. Contó a veinte y guardó el teléfono en su bolsillo.

-
Con ésta eran seis las veces que Marian no había podido acudir a la cita. La última vez, alegando que no disponía de dinero para el pasaje al llegarle facturas imprevistas, Mike le compró el billete y se lo mandó. Pero Marian intuía que él ya no la creía. No lo culpaba. Hacía meses que ya no le decía “te quiero” ni “te echo de menos” y jamás se había imaginado viviendo en Suecia, a pesar de repetírselo a Mike una y otra vez en voz alta y a ella en voz baja. Un escalofrío recorrió su espalda al pensar en Estocolmo, con sus interminables noches hibernales y sus inacabables días veraniegos.

Un grupo de chicos jugaba al fútbol en el centro de la sala ante la mirada llorosa de una pareja que no podía ir de luna de miel. Unos periodistas con sus cámaras entrevistaban a un furioso joven que contaba que una niña estaba a la espera de ser trasladada para someterse a un trasplante. Una mujer daba de mamar a un bebé sentada en una maleta.

Sonó el móvil. Marian contó sólo hasta cuatro antes de responder.

- Marian, cielo, acabo de escuchar la noticia por la radio. Lamento haberte colgado. Ya vendrás cuando puedas...
- No – dijo ella con mucha calma – Es mejor que no. No voy a vivir contigo. Lo siento. Mucha suerte. Sé feliz.

Colgó el móvil.